C.R.
863.6
F363cu
CE

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud de Costa Rica.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA, 1867-1950

BIBLIOTECA NACIONAL • SAN JOSE, COSTA RICA • AMERICA CENTRAL

CUENTOS TICOS

NUEVA EDICION

1926
IMPRENTA Y LIBRERIA TREJOS HERMANOS
SAN JOSE, COSTA RICA

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICA CENTRAL
SAN JOSE, COSTA RICA

EL CLAVEL

EMILIA despertó al amanecer, febril y extenuada. En toda la noche no había tenido sosiego, dando vueltas en la cama y recordándose a cada instante, presa de una gran agitación mental. La cabeza le dolía, los oídos le zumbaban y un calor insoportable le quemaba la piel. Hizo esfuerzos de voluntad por recobrar el sueño, mas no lo pudo conseguir. Un solo pensamiento la asaltaba con exasperante tenacidad, incrustándose hondamente en su cerebro, ahuyentando todos los demás. Cansada de luchar, acabó por entregarse vencida a la idea avasalladora. Entonces reinó despótica en su mente la gallarda persona de Carlos Gutiérrez. Era una porfía, una obsesión continua que en vano había tratado de repeler, guiada por su buen juicio y seriedad nativa, que la ponían en guardia contra una aventura a todas luces peligrosa. La desigualdad de origen y de posición era entre ellos demasiado profunda para que una alianza fuera posible. Demasiado lo comprendía Emilia con su

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

claro discernimiento y su corta pero segura experiencia de las preocupaciones sociales, adquirida al contacto de sus compañeras de colegio. Por otra parte, ella no era mujer que se prestase a pasatiempos y devaneos amorosos. Ni su dignidad ni su orgullo lo toleraban. Cierto era que Carlos parecía sincero; pero como quiera que fuese, lo prudente por el momento era permanecer en la más absoluta reserva y no soltar prenda alguna que pudiese revelar al joven el estado de su ánimo. Estas y otras cosas muy discretas discurría su cabecita bien equilibrada; pero no bien tomaba la batuta el corazón, se desvanecían al instante los buenos propósitos y las cuerdas reflexiones se trocaban en fantasías halagadoras que le hacían ver como realizable el secreto anhelo de su alma. Al través del prisma de sus ilusiones los obstáculos que de Carlos la separaban no parecían ya tan infranqueables como la fría razón se empeñaba en representarlos; porque si bien él pertenecía a una familia aristocrática y orgullosa, ella no tenía por qué avergonzarse de la suya, modesta en verdad, pero de una honradez sin tacha. Su padre pasaba por el principal vecino de la villa y hombre muy acaudalado, lo que no era de despreciar ni mucho menos. Además, por el lado de su madre estaba emparentada con gentes de importancia. Pasando de estas consideraciones generales a las que directamente se relacionaban

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

con su persona, no podía negar que se sentía satisfecha de sí misma. Bonita lo era sin duda alguna. A saciedad se lo probaban el espejo y las miradas admirativas de los hombres que siempre volvían la cabeza con insistencia, después de pasar a su lado, invenciblemente atraídos por su donaire. Juzgando con imparcialidad se consideraba inteligente y agraciada, sintiéndose con fuerzas para elevarse muy por cima de lo que hasta entonces había sido; pero más que todo le halagaba un recuerdo, el más grato para su vanidad femenil, que era, por decirlo así, la prueba decisiva, la consagración de su belleza.

Algunos meses antes había estado en el Nacional de San José con el objeto de conocer el teatro y de ver una compañía de ópera de mucha fama. Muy cortada por la novedad del espectáculo y la brillantez de la concurrencia, se empeñó en quedarse en el fondo del palco, a pesar de los ruegos de los amigos que la acompañaban; sin embargo, hasta allí fueron a buscarla muchos gemelos escudriñadores para quedarse largo rato fijos en ella. En un entreacto salió a dar una vuelta por los pasillos y el salón de descanso, provocando su presencia en los espectadores un movimiento de curiosidad y admiración.

Después supo que muchas personas habían preguntado por la bella desconocida. Esta revelación del poder de sus atractivos despertó en

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ella el amor propio de mujer bonita, adormecido por el medio en que habitaba, e hizo germinar en su alma el secreto deseo de nuevos triunfos; pero su padre, aunque rico lo bastante para vivir con desahogo y aún con lujo en la capital, no convino jamás en dejar el lugar de su nacimiento, donde era considerado, querido y además personaje importante. En cuanto a ella y su madre hubieran preferido trasladarse a San José, ciudad que se les figuraba el emporio del placer, el París pequeño con que sueñan todos los que no han salido nunca de la tierruca.

Duro había sido para Emilia acostumbrarse de nuevo a la vida del campo, después de pasar cuatro años en la capital, frecuentando el Colegio Superior de Señoritas, donde recibió una instrucción bastante esmerada, que había de serle más perjudicial que provechosa en el caso probable de que se casase con un hombre de su línea, al cual tendría que mirar como inferior, resultado inevitable de una educación desigual. Ella así lo presentía, y sin duda por este motivo rechazó de plano los mejores partidos de la villa, que se apresuraron a cortejarla a su regreso a la casa paterna.

Algo presumida y orgullosa, gustaba poco de amistades, porque se había desacostumbrado de la rudeza campesina y ahora le chocaba. Así fué que concretó sus relaciones a media docena de personas que eran la flor y nata de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

la villa. Casi nunca se la veía en la calle ni tampoco en la ventana, y aunque muy aficionada a la lectura, como no era romántica, las novelas poca mella hacían en su imaginación tranquila y reposada de mujer sesuda. Fuera de algunos coqueteos insustanciales durante el tiempo que vivió en San José en casa de una parienta, no había dado oídos a ningún cortejo ni menos sentido amor por nadie, hasta el día en que vió por primera vez a Carlos Gutiérrez.

La familia de éste poseía en la vecindad del pueblo una hacienda de café donde pasaba todos los años una temporada de tres meses. El padre de Emilia y el de Carlos se conocían de antiguo como propietarios de tierras colindantes, que nunca dejaban de visitarse una o dos veces durante la estación veraniega. De aquí nacieron algunas relaciones de vecindad entre las mujeres de ambos y más tarde entre Emilia y Hortensia, hermana de Carlos. A éste, Emilia no lo había visto nunca, porque se hallaba en Alemania estudiando para médico desde hacía varios años. ¡Y cuán honda impresión hizo en ella el día que lo conoció en una visita a la hacienda! Desde el primer instante se sintió conquistada, subyugada por su talante airoso y sus modales francos y corteses. Las visitas le fastidiaban, pero ese día deseó que la de su madre se eternizase y a pesar de que fué larga, como las hacía ordinariamente la señora, a ella le pareció

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

muy corta. Y eso que todavía se prolongó buen rato, porque Hortensia y Carlos se empeñaron en acompañarlas durante un trecho de camino, hasta cerca de la villa. Después había visto al joven médico con alguna frecuencia, los domingos a la salida de misa o pasando a caballo por frente de su casa cuando iba a la hacienda o volvía a la ciudad, porque acostumbraba venir los sábados en la tarde para regresar los lunes temprano a sus ocupaciones. Siempre que con ella se encontraba le hacía un gran saludo muy respetuoso. Y qué manera tenía de descubrirse, con cuánto garbo y elegancia se quitaba el sombrero. Así debían de saludar los príncipes. En varias ocasiones se paró a conversar con ella y su madre, dejándolas siempre encantadas de la nobleza de sus modales.

Emilia echó de ver desde el primer día que Carlos la miraba con interés. A cada nuevo encuentro esta sensación era más viva; pero con todo, ella se guardó de hacer ni decir nada por donde pudiera traslucirse que lo había notado. Poco después de la visita famosa, recibió un convite de Hortensia para comer melcochas. Antes de resolverse a aceptarlo vaciló mucho, porque comprendía el peligro de abandonarse a la inclinación naciente que en su pecho se agitaba; pero no obstante los consejos de la prudencia y engañándose a sí misma con sofismas

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

y sutiles raciocinios, se dejó llevar por el deseo imperioso de ver a Carlos.

Cuando llegó a la hacienda se encontró con que había mucha gente por ser el cumpleaños de Hortensia. Además de algunas familias que veraneaban en quintas vecinas, vinieron en coche de San José unas cuantas amiguitas, todas muy elegantes. Emilia no estaba preparada para el caso y se sintió corrida en presencia de damas tan apuestas y encopetadas, que sin hablarle la miraban con burlona curiosidad; y a no haber sido por las amabilidades de Carlos que la resarcían con creces de las impertinencias de aquellas señoras, hubiera pasado un rato más amargo todavía; pero el joven se distinguió con ella, atendiéndola y cortejándola de preferencia, lo que no dejó de dar lugar a cuchicheos y malignas murmuraciones. Después del refresco, servido debajo de un frondoso higuerón, las señoritas y los pollos de San José se pusieron a retozar como chiquillos, con no poca sorpresa de Emilia que no estaba familiarizada aún con las licencias que suelen tomarse en ocasiones las gentes de alto coturno. Cuando se hartaron de correr y de loquear, decidieron volver a la casa donde los esperaba la comida. Una vez concluída, se improvisó un alegre bailoteo que puso término a la fiesta.

Emilia bailaba mal y no quiso ceder a los ruegos de Carlos que la instaba para que lo hi-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ciese con él; mas no se habría portado como mujer consintiendo en deslucirse delante de aquellas rivales que valsaban a perfección. En esto y muchas cosas más la aventajaban; inútil era negarlo. En cambio ninguna era tan bonita como ella. No sería modesto pensarlo así, pero la verdad ante todo. Cerca de las diez se disolvió la reunión a instancias de las mamás, que con mucho trabajo consiguieron juntar su grey y meterla en los coches, después de la interminable cháchara y besuqueo de la despedida. Las familias que habitaban en las haciendas de las cercanías partieron a caballo. Sólo Emilia, cuya vivienda estaba tan próxima, regresó a pie. Su padre había venido en su busca, pero Carlos quiso a todo trance ir con ella hasta su casa.

El recuerdo de aquella caminata nocturna en compañía del joven la turbaba hondamente. Hasta los menores detalles se habían grabado en su memoria y allí vivían palpitantes. La luz muy tenue que bajaba del cielo salpicado de estrellas, permitiendo ver apenas el suelo blancuzco del camino; el chirrido agudo de las chicharras en las zanjas, los destellos fosforescentes de las luciérnagas danzando en la obscuridad impregnada del hálito voluptuoso de las plantas soñolientas. Su padre abría la marcha indicándoles los malos pasos. Carlos y ella seguían de bracero, silenciosos e intimidados al sentirse tan cerca en el misterio de la noche, que les daba la sensa-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ción inquietante de una soledad completa. Cerca de un puentecito que tenían que atravesar, vieron perderse en la sombra de una arboleda una pareja enlazada. «Deben de ser enamorados» —le susurró Carlos al oído... «Dichoso él» — añadió después de un suspiro. Ella no dijo nada, pero en su pecho una voz apasionada contestó muy quedo: «Dichosa ella».

Esto había sucedido una semana antes y desde entonces Emilia no tenía sosiego ni otro pensamiento. A tal punto habían llegado las cosas que ya era necesaria una solución en cualquier sentido que fuese, bien admitiendo los cortejos de Carlos y en este caso se imponía una explicación clara y terminante de sus propósitos, o si no cortando toda clase de relaciones con él y su familia para atajar el mal cuando aun era tiempo. La dificultad estaba en saber cuál de estos dos caminos era el más conveniente y acertado. Este dilema había hecho nacer en el alma de Emilia una lucha incesante que la tenía en vilo y le robaba el sueño.

Todavía la víspera, cuando después de muchas reflexiones estaba ya resuelta a seguir los consejos de la sana razón, había visto flaquear todos sus buenos propósitos al recibo de un recado de Hortensia invitándola a un paseo a caballo para el día siguiente. Triunfó sin embargo la cordura y con gran pesadumbre se excusó de asistir, pretextando mala salud, lo que la fatiga

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que se pintaba en su rostro hacía verosímil. Por desgracia Carlos pasó en la tarde cuando ella salía casualmente a la ventana. Mas ¿podía decir con lealtad que la coincidencia fuera del todo fortuita? Ella misma no lo sabía ni se daba cuenta exacta de cómo había ido allí. Maquinalmente quizás; tal vez impulsada a su pesar por un deseo irresistible. El joven médico le habló de la excursión proyectada, mostrando visible contrariedad cuando supo que Emilia no tomaría parte en ella. Insistió con ruegos para que cambiase de propósito, y al fin ella acabó por prometerle que iría, siempre que se sintiese mejor a la mañana siguiente, para lo cual convinieron en verse a la salida de la misa. «No tenga usted cuidado—le dijo él al despedirse con mucha zalamería—. Si usted se pone mala yo la curaré».

Apenas continuó el joven su camino, Emilia se sintió humillada y colérica consigo misma. Pues qué, ¿tan poca voluntad y firmeza de carácter tenía que no pudiese resistir a la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ella? Oculta detrás de una ventana lo miraba alejarse, bien sentado sobre el brioso caballo, y su corazón se iba tras él. Pero la idea de que tal vez la consideraba como un simple pasatiempo veraniego, como un dije que se tira cuando ya no place, despertó en ella el odio popular contra el aristócrata, sentimiento implacable, hecho de humillación y envidia. Y no obstante lo insoportable

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que para su amor propio era ya esta suposición, aun quedaba otra mucho más injuriosa; pero la posibilidad de semejante ultraje no quería considerarla siquiera. Todo su ser protestaba contra ella. Carlos, un caballero tan cumplido y pundonoroso, no era capaz de abrigar tan infame proyecto. Sin embargo, ¿quién se fía de los hombres, cuando hasta los que parecen más hidalgos no tienen escrúpulo en engañar miserablemente a una pobre mujer? La desgracia reciente de una prima suya muy linda, que perdió la honra por haber creído en las promesas de un joven del cogollito de la sociedad josefina, era buena prueba de que no hay que fiarse de ninguno. De vez en cuando una voz interna la interrumpía burlona para decirle que todas esas filosofías carecían de objeto, siendo así que Carlos no le había dicho una sola vez que la amase, lo cual era muy cierto; pero no lo era menos que se lo daba a entender con mil exquisitas atenciones y calculadas reticencias, tan significativas como la más franca declaración. Además, ésta ya no podía tardar mucho. Emilia la presentía, varias veces la había visto palpitar en los labios de Carlos, pendiente tan sólo de una mirada o de un gesto de su parte; pero ella, lejos de provocarla, siempre había procurado eludirla.

Esta multitud de ideas encontradas que nacían del sentimiento de su dignidad y del amor que le inspiraba Carlos, habían sido causa del insom-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

nio de la noche anterior. Por más que se devanó los sesos buscando una solución satisfactoria del problema, no había podido concluir nada; antes era cada vez mayor el desconcierto de su ánimo. Por fin resolvió levantarse. Al poner los pies en el suelo sintió uu mareo y una punzada violenta en la cabeza, consecuencia de la excitación del sistema nervioso. Un baño frío fué el calmante necesario. Con verdadero deleite metió Emilia las manos ardorosas dentro del agua bienhechora, a cuyo contacto sentía evaporarse la fiebre que le resecaba la piel. El bienestar del cuerpo llevó la calma a su agitado espíritu. De pronto, sin esfuerzo, vió clara la situación. Ella no podía admitir ningún cortejo de Carlos, sin que éste declarase terminante y abiertamente la intención de hacerla su esposa. Así lo requerían su decoro y las circunstancias en que ambos se hallaban colocados. Por lo tanto, debía cesar desde luego el principio de intimidad que entre ellos se había establecido, lo mismo que sus visitas a la hacienda, para obligarlo a venir a buscarla a su casa, si verdaderamente la estimaba y quería lo suficiente para casarse con ella, a pesar de la desigualdad de sus cunas. Tomada esta resolución, Emilia comenzó de prisa su tocado, porque ya iba a ser la hora de la única misa que se decía en la villa. Mientras peinaba delante del espejo su cabellera undosa y abundante, que le coronaba la frente como un casco de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ébano pulido, sonreía satisfecha ante la gentileza de su figura. Sus ojos negros y aterciopelados parecían más grandes en medio de las sombras con que los habían ceñido el desvelo y la fatiga. Su boca pequeña, de labios rojos y un poco gruesos, aparecía provocante como una fruta sazonada, debajo de la nariz fina y recta. Era verdaderamente bella, no tanto por lo clásico de las líneas, como por la deliciosa armonía del conjunto, por la tersa frescura de la piel, por la pequeñez de las orejas de un dibujo irreprochable.

*
* *

No se puede asegurar que Emilia oyese la misa con devoción. El traje claro de Hortensia arrodillada cerca del altar mayor, la distraía a cada instante rememorándole cosas que no se avenían con el recogimiento necesario para presenciar como es debido el santo sacrificio. Sentía que su resolución no era ya tan firme y comenzó a temer el momento de la entrevista con Carlos, que de seguro iba a tratar de disuadirla de su propósito, como sucedió. Esperándola estaba en las gradas de la iglesia y sus primeras palabras fueron para declararle que si ella se quedaba él tampoco iría al paseo. Después llegó Hortensia a unir sus instancias a las de Carlos y hasta su propia mamá intervino en el asunto, asegurando que su indisposición no valía nada, pues no

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

era más que un simple dolor de cabeza que se disiparía con el aire y el ejercicio. Todo se conjuraba contra ella. Era una fatalidad ante la cual hubo de inclinarse.

Como punto de reunión se había señalado la plaza de la villa, y una vez que llegaron los invitados, partieron todos con rumbo a un lugar muy pintoresco, situado a orillas de un río distante unas tres horas a caballo. Emilia iba algo taciturna de verse así contrariada en su resolución. Carlos se colocó a su lado y no la desamparó en todo el trayecto, elogiándola repetidas veces por la soltura con que gobernaba su caballo, con otros mil requiebros y floreos que pronto consiguieron desvanecer su displicencia.

El camino, quebrado y pedregoso, estaba solitario por ser domingo. De trecho en trecho surgía una casucha, casi siempre cerrada en ausencia de sus habitantes, que habían ido al pueblo vecino a oír misa, a comprar y sobre todo a beber sus copitas. Los perros que habían quedado guardándolas ladraban al tropel de los caballos y corrían tras ellos hasta que un latigazo los hacía huir aullando. Sobre los árboles de los vallados desplegaban su vestidura de amatista las guarias moradas, y los ramos de los cafetos pendían despojados y marchitos por la cosecha reciente y el rigor de la sequía. Los prados amarilleaban, completamente exhaustos de verdura, y los infelices rumiantes se atareaban inútil-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

mente buscando alguna yerbecita jugosa para acallar el hambre. Sedienta, la tierra aguardaba con impaciencia las lluvias primaverales.

Al borde de un arroyo de aguas cristalinas hubo una parada, debajo de una sombra densa y fresca. Los caballos bebieron con avidez y los jinetes se apearon para revisar las sillas de las señoras, apretando una cincha el uno, componiendo un estribo el otro, y también es posible que no faltase alguna presioncita cautelosa en un pie diminuto y bien calzado; aunque esto sería atrevido afirmarlo, no habiéndolo visto, como tampoco lo vió una tía de Hortensia, señora cuarentona que desempeñaba el ingrato papel de dueña.

La bajada al río fué dura y penosa, por un sendero escarpado y lleno de zarzas que con mucha descortesía tiraban de las faldas y sombreros de las damas; pero así y todo se efectuó sin tropiezo, en medio de las risas, de las exclamaciones y uno que otro grito de terror, más fingido que verdadero. Abajo, el río formaba un remanso al pie de un enorme peñón tajado, que se erguía en la orilla opuesta como un muro ciclópeo, coronado de árboles, cuyas ramas se inclinaban encima de la hondura, sombrándola. Más allá las aguas seguían la pendiente de su cauce, arremolinándose por entre las piedras lucias y redondas que trataban de cerrarles el paso.

En una playita arenosa, entoldada de verdu-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ra, estaba esperando el almuerzo que habían llevado los mozos con anticipación; y como el hambre era mucha, todos lo saludaron con entusiasmo. Del agua, donde las habían puesto a refrescar, salieron las botellas de vino y de cerveza; de las alforjas los pollos fríos, el jamón, los lomos rellenos y las conservas, todo muy bien envuelto en hojas de plátano, las cuales tienen el don de comunicar a las vituallas un sabor delicioso. Cada cual se situó como pudo, con exquisita incomodidad, sirviendo galantemente los caballeros a las damas. Y como allí había más de una pareja de novios, se explica lo necesario y conveniente de la presencia respetable de la tía, aunque sólo fuera para llenar los requisitos del decoro.

Satisfecho el apetito, la reunión se fué disolviendo poco a poco para convertirse en grupos o parejas aisladas. Emilia no quiso separarse de la señora que *chaperoneaba* a las jóvenes para no dar lugar a más cortejos de parte de Carlos. Este, que de seguro esperaba otra cosa, se enfoscó, yendo a sentarse solitario sobre una piedra. Allí se estuvo mucho rato mirando melancólico los movimientos del agua y los tímidos revoloteos de los pájaros que venían a bañarse y a beber, atemorizados por la insólita presencia de gentes en aquel lugar de ordinario tan apacible. Aburrido al fin de estar solo, volvió a unirse al grupo presidido por la tía, que era con mu-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cho el más serio de todos; y a despecho de su malhumor no pudo menos de admirar a Emilia, verdaderamente adorable en aquel marco agreste que cuadraba a maravilla con el carácter de su belleza lozana, que si bien carecía de esa elegante distinción, fruto de una serie de generaciones afinadas, no era por esto menos seductora.

Algunas de las muchachas inventaron ponerse a buscar flores y plantas, al paso que Hortensia dirigía la apertura de unos frascos de frutas conservadas y otras golosinas para la merienda. Un caballerito muy gomoso armó gran alboroto diciendo que había descubierto pepitas de oro en las arenas del río y andaba de grupo en grupo enseñando un puñado de ellas, en que efectivamente se veían brillar algunas laminitas a manera de lentejuelas minúsculas. El sol de marzo justificaba su reputación manteniendo una temperatura sofocante, a pesar de la sombra y de la frescura del río. Carlos, después de rondar un rato en torno de Emilia, siempre pegada de la tía, acabó por sentarse a su lado. Conversando estaba con ella cuando llegó Hortensia a ofrecerles uvas y duraznos, en compañía de una señorita muy melindrosa, que abusaba un poco del colorete y solía mirar con buenos ojos al joven médico. Éste no quiso tomar nada de lo que le brindaba su hermana. Entonces la compañera intervino con aire malicioso, ofreciéndole a su vez unas zarzamoras

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que acababa de coger ella misma, al par que decía dirigiéndose a Hortensia:

—Ya verás como a mí no me dice que no, porque estas son frutas silvestres y espinosas, como las que le gustan a tu hermano.

Emilia comprendió la impertinencia y sus mejillas se encendieron de cólera.

—Tiene usted razón—contestó Carlos aceptando—, a mí me gusta todo lo natural y por eso me parecen tan lindas las rosas que Emilia tiene en la cara.

La réplica era digna del ataque, y sin aguardar segundo alfilerazo la señorita de los arreboles se fué detrás de Hortensia, que por esconder la risa que le retozaba en el cuerpo se había marchado casi corriendo.

Cuando hubo bajado el sol se pensó en regresar, y mientras los hombres vigilaban los aprestos de la marcha, las mujeres con disimulo se daban algún retoque con auxilio de espejitos y otros adminículos de bolsillo. Emilia, que ignoraba estos refinamientos, se puso a mirar las idas y venidas de un pajarillo que le llamó la atención.

—¡Que parásita tan linda!—exclamó de pronto señalando hacia una rama muy alta, que se adelantaba sobre el río.

—Encantadora, primorosa, divina—contestaron varias voces femeniles.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Le gustaría a usted tenerla?—interrogó la voz de Carlos detrás de Emilia.

—Me encantaría... Pero es imposible—añadió ésta después de observar que la rama pertenecía a uno de los árboles que coronaban el peñón de la orilla opuesta.

—A mí me gusta vencer imposibles—replicó el joven sacando su revólver y apuntando a la caprichosa flor. Al ver el gesto se desbandó el grupo de las muchachas. Unas huyeron lejos y otras se quedaron por allí cerca con los oídos tapados. Sonó el tiro repercutiendo en la hondura y la flor se desprendió de su tallo.

—¡Bravo, Carlos!—gritaron los hombres que habían acudido al ruido de la detonación. Las mujeres palmoteaban. Pero fué corto el regocijo, porque la extraña flor vino a caer en mitad del río. Sin vacilar, Carlos se lanzó al agua vestido y en dos braceadas pudo darle alcance. Tan inesperado y rápido fué este acto que ninguno de los presentes tuvo tiempo de impedirlo. Ufano volvía el joven ya, nadando de costado con un solo brazo y manteniendo la codiciada flor fuera del agua con el otro; pero los espectadores notaron que por más esfuerzos que hacía por alcanzar la orilla no lo lograba; antes bien poco a poco se lo iba llevando la corriente, muy rápida debajo de la engañosa tranquilidad de la superficie. Sin embargo nadie se dió cuenta cabal del peligro que corría el nadador, hasta no verlo des-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

aparecer en medio de las rocas, arrastrado por el agua con velocidad aterradora. Un grito de espanto brotó de todos los pechos y varios de los compañeros de Carlos se lanzaron a la carrera por la orilla para socorrerlo, sin acatar a la inutilidad de lo que hacían. Hortensia se desvaneció y la tía rezaba y sollozaba a un tiempo. Emilia, sin resuello y pálida como una muerta, seguía las peripecias del drama con horrible angustia.

—¡Salvado! ¡Salvado!—gritaron las voces lejanas de los que corrían. En efecto, Carlos estaba ya fuera de peligro. Excelente nadador no perdió un solo instante la serenidad indispensable para librarse de las piedras, contra las cuales lo lanzaba el agua con violencia irresistible. Esta lucha duró cortos momentos que a todos parecieron atrozmente largos. Por suerte pudo asirse de una rama baja, que casi pegaba al agua, y esto le salvó la vida. Algunos minutos después llegaba Carlos al sitio donde estaban las señoras y ofrecía a Emilia, sin ninguna afectación, la orquídea que había conseguido salvar sujetándola con los dientes. Ella, trémula y palpitante, lo miraba demudada, sin poder articular una palabra; dos lágrimas silenciosas le corrían por las mejillas.

Una alegría delirante sucedió a la congoja y al horror. Hortensia, recobrada de su desvanecimiento, se había colgado del cuello de su hermano y entre llantos y risas lo besuqueaba. La

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tía, de rodillas, daba gracias a Dios. Cuando la emoción se hubo calmado un poco, todos se soltaron a hablar a un tiempo, contando cada cual sus impresiones, lo que había visto, lo que había hecho, sin que nadie escuchase ni pusiera cuidado a lo que decían los demás.

Trabajo le costó a Carlos desprenderse de los brazos de Hortensia para ir a caer en los de su tía y luego en los de sus amigos, que lo felicitaban con secreta envidia.

El regreso fué muy rápido por consideración al héroe que estaba calado hasta los huesos; mas de ningún modo se pudo llegar antes de las siete y media de la noche. Emilia se quedó de paso en su casa. Durante toda la caminata estuvo muy silenciosa, hondamente conmovida por el peligro inmenso a que por ella se había expuesto el hombre a quien secretamente amaba. Multitud de pensamientos gratos se atropellaban en su mente. Su vanidad, su cariño se veían colmados de satisfacción por la espléndida prueba de amor que le había dado Carlos delante de tantas personas. En sus adentros saboreaba con delicia el descalabro de aquella rival impertinente que había pretendido humillarla. Pero ¡qué bien y con cuánta oportunidad la había defendido Carlos! Aun le parecía estar viendo el gesto despechado de la pobre y la sonrisa burlona de Hortensia. ¡Cómo estaría después de lo sucedido! Furiosa sin duda de que Carlos se hubiese ju-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

gado la vida tan sólo por satisfacer un pequeño deseo de la fruta silvestre y espinosa, como la había llamado la muy pintarrajeada.

Muy lejos estaban ya sus propósitos de rehuir y aún de rechazar los galanteos de Carlos. Sus disposiciones habían cambiado enteramente en el espacio de algunos minutos, por efecto del acto tan bizarro del joven, que le había llegado al alma. Ahora se sentía vencida, indefensa, dispuesta a rendirse a la primera palabra; pero él, ya fuera por cálculo o por un exquisito sentimiento de delicadeza, no le hizo la menor insinuación en momentos en que era lícito suponer cohartado su albedrío por la gratitud. Sólo al despedirse le pareció que le había apretado la mano un poco más que de costumbre.

*
* *

La gallarda zambullida de Carlos fué muy comentada entre amigos y extraños. Los que bien le conocían juzgaron el hecho como un simple arranque de su carácter impetuoso y caballeresco, sin atribuirle mayor importancia; lo cual no quiere decir que faltaran suposiciones y habladurías desfavorables y ofensivas para Emilia, que se encargaron de propalar algunas personas poco caritativas y especialmente la señorita de las zarzamoras.

Tanto el padre como la madre de Carlos lo

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

reconvinieron por su temeridad, haciéndole prudentes observaciones acerca de sus galanteos que comprometían a Emilia desde luego que no podían tener el matrimonio por objeto.

—Dios nos guarde de que te vayas a casar con una *campirana* [1]. ¡No faltaba más!—exclamaba Hortensia muy enojada.

Carlos se reía y contestaba con bromas. En el fondo no estaba enamorado de Emilia. Cierto era que le gustaba mucho y que su esquivez era un incentivo; pero de ahí a hacerla su esposa había un abismo insalvable, para quien como él tenía tan arraigado el sentimiento de las distancias sociales. Casarse con una mujer que no fuera de su gente, según su propia expresión, se le antojaba un absurdo tan grande que no merecía ni los honores de la discusión.

A la mañana siguiente, cuando pasaba a caballo para San José, vió a Emilia en la ventana con la famosa flor prendida en el pecho; y a pesar de que en acatamiento a las observaciones de sus padres había tomado la determinación de no continuar enamorándola, no pudo resistir al deseo de verla y hablarle; pero la conversación no pasó, contra la esperanza de Emilia, de las trivialidades ordinarias. No sin despecho lo vió alejarse sin que le hubiese dicho la palabra que antes temía y ahora deseaba con vehemencia. En

(1) Despectivo de *campesina*.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

la lucha interna que había venido sosteniendo, el triunfo definitivo fué de la vanidad y del amor, que ahora se alzaban victoriosos sobre las ruinas de la prudencia, de la cordura y aún de la propia estimación. Su anhelo del momento era que todos supiesen que Carlos la amaba y ella le correspondía, sin importarle nada lo que pudieran pensar y decir las gentes. Sólo le preocupaban ya los intereses de su pasión.

En este estado mórbido del ánimo pasó Emilia la semana. A ratos se imaginaba que Carlos optaría por el medio de escribirle y se ponía a atisbar la llegada del correo, que cada vez le traía un nuevo desengaño. La ausencia total de noticias acababa de impacientarla, porque Hortensia no pareció por la villa en todos aquellos días.

El tan suspirado sábado llegó a la postre. Muy de mañana se levantó Emilia, despachó sus ocupaciones, se puso de veinticinco alfileres y fué de contar las horas hasta que dieron las cinco de la tarde. Se asomó entonces a la ventana a esperar que pasase Carlos, el cual solía hacerlo poco después de esta hora. En el pecho llevaba, conservada a fuerza de cuidados, la orquídea que tan valerosamente le había conquistado el joven, segura de que este detalle no pasaría inadvertido para él. Esperó al principio con relativa calma, pero después de media hora comenzó a impacientarse. Cada jinete que a lo

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

lejos asomaba le hacía palpitar el corazón de esperanza, para sentir luego tristeza y desaliento al convencerse de que no era el de sus deseos. Anocheció sin que Carlos pasara. ¿Qué podría ser? Emilia se desesperaba haciendo las suposiciones más diversas. ¿Si le habría sucedido algo? ¿Si estaría enfermo? Pero esto no era probable, porque algo se hubiera sabido por la servidumbre de la hacienda. Más lógico era pensar que se trataba de un resentimiento con ella, motivado por su reserva y frialdad anteriores; ahora quería él hacerla rabiar también. Sí, esto debía de ser. Y bien merecido se lo tenía por gazmoña y necia. Pues ¿quién la metía a ella en tantos melindres con un caballero de la categoría de Carlos?

Pasó una noche muy agitada; pero al siguiente día, mientras iba para misa, se consolaba pensando que aun no había razón para desesperar, porque todo bien mirado era muy posible que la ausencia de Carlos fuera causada por cualquiera otra circunstancia que ella no podía adivinar. Buscó a Hortensia con la vista por toda la iglesia, y sólo pudo ver a su madre y a la tía, en el lugar de costumbre. La esperanza que conservaba de hallar a Carlos a la salida, fué motivo de una nueva desilusión. «Algo hay, algo hay» se repetía comentando para sí el que Hortensia no hubiera venido a misa.

Todo el domingo se lo pasó en gran zozobra,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

por lo que no fué poco agradable la sorpresa que tuvo al ver llegar a Hortensia el lunes. Venía de paso a convidarla para una misa solemne en la iglesia del Señor de Esquipulas del vecino pueblo de Alajuelita, de que había hecho promesa cuando Carlos estuvo en tanto peligro. La función debía verificarse el jueves siguiente con asistencia de toda la familia.

Interrogada Hortensia acerca del motivo de no haber estado en la iglesia el día anterior, refirió que desde el sábado se había ido con su padre a San José para asistir a un gran *pic nic* que daban el domingo las de Arburola en su hacienda de Tres Ríos, como despedida de la temporada de verano. Se extendió largamente sobre los detalles de la fiesta que había estado espléndida, con muchos convidados que fueron de la capital en un tren expreso. Al oír nombrar a las de Arburola, Emilia sintió una vaga inquietud. Había observado que este nombre sonaba muy a menudo en las conversaciones de Hortensia, quien no perdía ocasión de hacerse lenguas de la belleza y elegancia de sus amigas. En cuanto a ella no conocía a las de Arburola más que de reputación. Las dos hermanas pasaban por ser tan coquetas y frívolas como lindas, y de ellas se referían infinidad de travesuras más o menos escandalosas. Carlos solía también hablar mucho de ellas para celebrar su ingenio,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

su gracia y hasta sus extravagancias, diciendo que tenían toda la sal de unas andaluzas.

Estas circunstancias en que antes no había parado mientes, le causaban ahora una sensación desconocida y mortificante. Con mucha habilidad y cautela le fué sonsacando a Hortensia que Carlos había estado muy pegado de una de ellas durante la fiesta, de Elvira, la más bonita; y a cada nuevo detalle, sentía una aguda punzada en el corazón. Era la mordedura de los celos que experimentaba por primera vez.

*
* *

Muy alicaída y melancólica oyó Emilia la misa de acción de gracias, viendo que el principal interesado no llegaba, a pesar de su promesa de asistir. Dos notabilidades musicales de la capital amenizaron el acto con expresivos cantos, y tan abatida se sentía la pobre Emilia que estuvo a punto de llorar durante varios pasajes particularmente tiernos. Carlos llegó a mitad de la misa. Al verlo, Emilia, después de terminada, no pudo disimular su alegría. Él también se mostró muy afable con ella y durante el regreso no cesó de agasajarla. Cuando estuvieron de vuelta en la villa, en el momento de la separación, dijo que tan bonita ceremonia debía tener un complemento y que por lo tanto esperaba que todos vinieran a comer a la hacienda, acep-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tando Emilia la invitación con aquiescencia de su mamá, quien por su parte se excusó, razón por la cual fué convenido que Hortensia y Carlos vendrían a buscar a Emilia por la tarde.

Nunca fué ésta tan feliz como en aquella comida. Todas sus congojas se habían evaporado como una negra pesadilla. La presencia de Carlos desvanecía sus penas y sus dudas, como los rayos del sol naciente las sombras de la noche. Contra su costumbre estuvo alegre y decidora, replicando con gracia a las bromas que le enderezaban y más de una vez con verdadera oportunidad. Después del café los papás y la tía se engolfaron en los recónditos placeres de la malilla; Hortensia se sentó al piano, y en cuanto a Emilia y Carlos salieron al balcón, con pretexto de tomar el aire; en realidad porque deseaban estar solos. La luna alumbraba el paisaje con su claridad blanquecina y triste, que predispone a la ternura y al ensueño. Ambos se quedaron silenciosos, contemplando el astro pálido que parecía deslizarse por entre las nubecillas que a ratos lo empañaban.

—Tengo que reclamarle a usted una deuda—dijo Carlos después de un silencio.

—¿Una deuda?

—Sí.

—¿Y se puede saber cuál es?

—No tengo inconveniente en decirlo; pero antes prométame usted que la pagará.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Siempre que pueda, con mucho gusto.

—Todo lo que se quiere se puede.

—Eso no es exacto. Por encima de nuestra voluntad está Dios.

—Verdad es; pero los franceses dicen que lo que la mujer quiere, Dios lo quiere.

—Son muy galantes los franceses.

—Así lo dicen. Pero volvamos a la deuda. ¿Consiente usted en pagarla?

—Dígame usted antes de qué se trata.

—Pues bien, deme una de esas flores a trueque de aquella otra que usted sabe.

Y Carlos señaló un manojo de claveles que Emilia tenía en el pecho. Ésta se sintió desconcertada por lo inesperado de la demanda y no supo qué contestar. Por las ventanas del salón se escapaban ligeras las notas de un vals de Waldteuffel, que los envolvía en la voluptuosidad de su ritmo lento y soñador. Carlos insistió en voz baja y suplicante, que hacía palpitar el corazón de Emilia hasta sofocarla. Vencida al fin, le entregó la codiciada flor. Él se guardó también la mano, besándola con pasión. Emilia se sintió desfallecer al contacto ardiente de los labios de Carlos sobre su carne.

La llegada de Hortensia vino a poner fin a las osadías de su atrevido hermano, quien para su capote se puso a mandarla enhoramala por inoportuna; pero ella que lo adivinaba y sabía el porqué de su venida, comenzó a decir mil

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tonterías con intención de hacerlo rabiar. Emilia estaba demasiado impresionada para poder hablar y ni siquiera comprendía las preguntas de Hortensia. Carlos, furioso, callaba retorciéndose el bigote. Un ruido de voces y tropel de caballos vino a interrumpir la charla de la maliciosa hermana.

—¡Hortensia! ¡Hortensia!—gritaron varias voces femeniles desde abajo.

Hortensia se asomó al balcón y reconociendo a las que llegaban gritó a su vez:

—¡Elvira! ¡Margarita! ¡Qué sorpresa!—y volviéndose alborozada a Carlos, añadió—: Allí están las de Arburola.

Eran ellas en efecto. Aprovechando la luna para dar un paseo a caballo, habían venido a ver a Hortensia en compañía de unos cuantos amigos y amigas comunes. Carlos corrió a recibirlas, y cuando bajaba las escaleras, llevando el clavel de Emilia en la mano, se lo puso en el ojal con un movimiento irreflexivo.

No fué poco trastorno el que metió en la casa la llegada de las de Arburola y su comitiva. Los jugadores de malilla se dispersaron, porque el papá tuvo que bajar también a recibir a tan distinguidos huéspedes, mientras la mamá los esperaba en el salón y la tía se iba apresurada a disponer lo necesario para la cena. Emilia no hallaba dónde meterse, pues ya nadie se acordada de su insignificante persona en medio

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

de tantas idas y venidas. La exuberancia y el cotorreo de las dos hermanas y sus amigas la desorientaban y cohibían por completo; y cuando al cabo de un buen rato Hortensia se acordó de presentarla a las recién llegadas, hizo el papel de un niño delante de sus examinadores.

Las de Arburola eran locas por el baile. Nada las arredraba, ni siquiera la incomodidad de las amazonas, que se recogieron como mejor fué posible. Hortensia se sentó al piano y Carlos dió el ejemplo con Elvira, siguiéndoles todos los demás, menos Emilia que se quedó por allí arrinconada, desgarrado el corazón por los celos, sin poderse sustraer al espectáculo que para ella era una tortura. Pálida de rabia contemplaba a su rival en los brazos de Carlos, esbelta, airosa y palpitante de placer, deslizándose al compás de la música, con una soltura y una elegancia de mujer de raza. De vez en cuando, al murmurarle Carlos alguna cosa en el oído, sonreía y entrecerraba los ojos con una coquetería refinada. Y para colmo de crueldad el vals que tocaba Hortensia era el mismo a cuyos acordes Carlos le había besado la mano, balbuceando frases muy tiernas que le penetraban en el corazón y los sentidos, las mismas quizás que ahora estaría diciendo a esa Elvira execrada, que era más bonita que ella; porque inútil era cerrar los ojos ante la evidencia. Esa mujer sería todo lo que se quisiera; pero era idealmente bella, de una

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

belleza peligrosa y perversa, hecha toda de tentaciones.

Concluído el vals, Carlos se llevó a Elvira a tomar el aire, sin preocuparse de Emilia como si no existiese. La pobre en su rincón se consumía de celos, de cólera y vergüenza. Llegó un momento en que ya no pudo más, y como nadie se cuidaba de ella, se fué al comedor en busca de un vaso de agua, porque se estaba ahogando. Mientras se lo bebía, el timbre de la voz de Carlos la hizo estremecer. Con infinitas precauciones se fué arrimando a una ventana que daba al balcón y por la cual le pareció que había entrado la voz.

—Yo le aseguro, Elvira — decía Carlos en aquel momento—, que no tiene razón para dudar de mis palabras.

—Como si los hombres pudieran nunca decir la verdad.

—Los hombres tal vez; pero yo no soy un hombre desde que la conozco a usted.

—¡Qué gracia! ¿Y qué es usted ahora?

—Todo lo que usted quiera.

—¿Un embustero?

—Eso no. Diga usted más bien un tonto.

—¡Tonto porque dice usted que me quiere! Gracias por la galantería... Sabe usted que no es fea la mosquita muerta ésa. No tiene mal gusto D. Carlos; aunque lo del chapuzón me parece exagerado.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? De lo que usted me prometió el domingo en Tres Ríos, por ejemplo.

—Por lo bien que se ha portado desde entonces, ¿no es verdad?

—Ya le he dicho a usted, Elvira...

—Calle usted, porque va a mentir de nuevo... ¿Quién le ha dado ese clavel?

Carlos se arrancó la flor de la cual ya no se acordaba y contestó con algún embarazo:

—No recuerdo... tal vez Hortensia.

—No diga mentiras. Ese clavel es hermano de otros que acabo de ver.

—¡Vaya una idea!... Usted siempre tan suspicaz.

—Pues bien, quiero creerle por esta vez... Regálemelo entonces.

—De mil amores, pero con una condición.

—Veamos.

Emilia no pudo oír lo demás. Las voces se extinguieron en un murmullo imperceptible. Próxima a desmayarse, se agarraba vacilante de la cortina para no caer. De pronto el ruido de un beso la sacudió como una descarga eléctrica. Las fuerzas le volvieron, sus mejillas exangües se colorearon y sus ojos despidieron chispas. Sin darse cuenta de lo que iba a hacer, obedeciendo al impulso de un sentimiento irresistible, abrió la puerta que daba al balcón y se plantó en-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

frente de la enamorada pareja, que la vió llegar con sobresalto.

Elvira seguía jugando ostensiblemente con el clavel... con el mismo que ella le acababa de dar a Carlos y había sido como el sello del pacto de amor sellado entre ambos aquella noche. Emilia se lo arrebató con un movimiento brusco y volviéndose hacia Carlos le azotó dos veces el rostro con la flor, al par que con voz sorda exclamaba:

—¡Es usted un miserable!

Elvira y Carlos se quedaron alelados. Cuando se recobraron de la sorpresa que les había causado el arrebato de la pobre muchacha, ésta ya iba lejos.

—Atrevida es la *conchita*—murmuró a la postre Elvira.

Carlos quiso contestar, pero no atinó a decir una palabra. El golpe del clavel le escocía como si le hubieran cruzado la cara de un latigazo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.